

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.  
Publicada por la Universidad de Concepción.

---

---

Año XII

Agosto de 1935

Núm. 122

---

---

## Puntos de vista

Barbusse

*En el Hospital del Kremlin, a pocos pasos del sarcófago en que reposa Lenin, murió Henry Barbusse. El mismo no lo hubiera creído, aunque en espíritu, el autor de «El Fuego», vivía ya en medio de la revolución rusa. En espíritu, puesto que en Francia, la reacción no le dejaba aplicar a la realidad sus convicciones de simpatizante fervoroso de la realidad bolchevique. Fué un soldado de la gran guerra; un sobreviviente de aquella brutal catástrofe, que tan hondamente trastornó la mentalidad y el espíritu de los hombres de pensamiento.*

*Al regresar del infierno, Barbusse había comprendido que la civilización de occidente, de la cual él formaba parte y era uno de sus productos, estaba en crisis y el mundo se sentía sacudido en la entraña por concepciones sociales diversas a las que habían permitido la gigantesca explotación de vidas de 1914.*

*Fué el testigo de una tragedia tan brutal como inhumana. Para sacudirse de aquella atroz pesadilla, inició su campaña revisionista. A él se debe en gran parte la literatura de condenación que brotó en Europa poco después de terminada la guerra, y que llevó a todos los rincones del mundo, la palabra ardiente e implacable de la revancha. No la revancha por una nueva guerra, sino la revancha por un nuevo espíritu social. Barbusse formó entre los ejércitos de desengaños y de pesimistas que invadieron todas las ciu-*

dades del viejo mundo, clamando junto con la voz seca y estridente de los millones de muertos jóvenes, por el castigo de los culpables. Fué, pues, Barbusse, un producto de la guerra, aun cuando muchas de sus obras, «El Infierno», entre ellas, fueron publicadas mucho antes del estallido de la guerra. Es que la literatura que brotó luego, nada tenía que ver con aquella literatura modosa y esteticante, de concesiones y de transfugios. «El Infierno» salva, no obstante, ese juicio, porque revela ya que el autor no estaba en paz con la llamada conciencia burguesa.

«El Infierno» es una requisitoria patética contra el estado social de descomposición, cuya crisis se veía ya venir. Pero esta novela no fué comprendida en la intención. Se la buscó como documento de salacidad, de impudicia. Sus cuadros naturalistas y sus escenas de crudo sensualismo, hicieron las delicias, como se dice, de los petimetres, de las mujeres ávidas de sensaciones solitarias y de los hombres ya decrepitos por el desgaste fisiológico. Lo real de ella, lo vital, era precisamente lo que no interesaba. Es decir, la visión de una sociedad descompuesta, de un alma colectiva que carecía de grandeza y estaba entregada exclusivamente al goce material. Años más tarde de su publicación la desenterró Blasco Ibáñez y la tradujo al español. Fué un éxito en el aspecto que hemos señalado, y los lectores americanos se regocijaron con ella. Lo trágico como siempre, lo serio y fundamental, quedaba a un lado. No interesaba.

Después de 1914 surgieron los libros de crítica y condenación. «El Fuego» es uno de los documentos más terribles que se publicaron en Europa, de testigos de la guerra. Poco después apareció en Alemania «Sin novedad en el frente». Eran cuadros parecidos, sacudidos por idéntica desesperación y por un igual estremecimiento medular. En ambos documentos, aparecía el hombre desnudo, con todas sus pasiones sanguinarias, con sus instintos en desorden, con toda su pobre y dolorosa humanidad desgarrada y explotada. Víctimas de una especulación que no entendían, víctimas de una monstruosa avidez imperialista que los había lanzado al lodo y a la muerte, con la premeditación fría, con que se llevan las bestias a un matadero.

Desde ese momento Barbusse cambió el curso de su destino. Había que destruir la organización que había tolerado tal catástrofe. Y para llegar a ese fin, se transformó en un evangelista de la paz. Fué una cruzada tenaz, continua, implacable. No descansó un solo día. No tuvo vacilación alguna y como en Rusia creía encontrar la respuesta a sus llamadas, corrió a Rusia y se impregnó de aquel espíritu de revancha que había ya dado el primer paso en el castigo.

Pocos escritores franceses batallaron con más tenacidad que Barbusse por una causa que en el fondo, sólo debía acarrearle sinsabores y peligros. Días antes de su muerte, Europa empesaba a vibrar una vez más con la fiebre de la locura bélica. Las grandes potencias se armaban como para una nueva catástrofe, olvidadas ya de la última que tan caro había costado a la civilización. La propaganda no había servido de nada al parecer, puesto que una nueva guerra amenazaba con liquidar los últimos restos de la cultura de occidente. Barbusse podía escuchar desde su lecho, con su oído fino y maravilloso de agonizante, en Moscú, el ruido de los furgones y el paso de los regimientos con que toda Europa, a la distancia, se aprestaba para la nueva matanza. Contradicción amarga que estremecía el alma del idealista y le hacía quizá comprender que el animal humano nunca escarmienta.

Barbusse no fué escritor de élites. Difícilmente hubiera podido encasillársele. La misión del escritor para él, era muy otra que la de halagar pasiones, o divertir a las damas y niñas románticas. Tal género literario había pasado ya. El escritor debía colocarse en el centro mismo de los acontecimientos, para vigilarlos y enjuiciarlos. Una idea debía moverlo, alimentada cada día, robustecida con el sacrificio de la propia vida. No seguir la corriente de la conformidad, sino cruzarla o remontarla, desafiándola. Las muchedumbres que buscan al escritor, pensaba con rigor de hombre libre, lo buscan por la continuidad valerosa de sus afirmaciones y no por la vacilación y la indecisión de sus doctrinas oportunistas. Por encima de las miserias falaces del ambiente, había que tener el valor de las



convicciones generosas. No ceder un punto en el terreno de la verdad y no claudicar frente a los intereses de los poderosos. Sólo así el escritor podría llegar a tener el dominio natural que se confiere a los que son grandes por la cultura y el honor profesional.

Para nosotros es particularmente sensible la muerte de Barbusse. Fué nuestro colaborador asiduo. Mes a mes «Atenea» ostentaba en su portada, el nombre del valiente escritor. De París nos llegaban sus originales en los que analizaba la situación universal, y, especialmente, sus puntos de vista como escritor frente a las grandes inquietudes que vivía el mundo occidental. Fué un carácter vigoroso, un temperamento original. Y aun cuando los equipos reaccionarios de Francia lo atacaron ruda y porfiadamente, nunca se le sintió vacilar en la defensa. Estaba armado de un ideal. Y ese ideal que podía ser discutible, lo mantuvo en un plano de lealtad y de sinceridad que los propios adversarios respetaron.